

de  
postre

**El librero Guillermo Blázquez** tuvo en sus manos la correspondencia amorosa entre los escritores. «Deseo comerme los pechos», le ponía don Benito a doña Emilia



## «Las cartas de Galdós a Pardo Bazán eran muy subidas de tono»

••• SUSANA ACOSTA

Fueron apenas unos minutos, pero los suficientes para seguir hablando de ellas casi cuatro décadas después de que cayeran en sus manos.

Así describe el librero y anticuario madrileño Guillermo Blázquez el momento en el que pudo leer algunas de las cartas que el escritor canario Benito Pérez Galdós le escribe a la gallega Emilia Pardo Bazán durante el tiempo que fueron amantes. Las de ella a él se conocen y han sido publicadas, pero poco o casi nada se sabe de las de él a ella. De ahí que Blázquez, que ha dedicado su vida a comprar y vender libros antiguos y documentos históricos y que es miembro de la Asociación Cuesta de Moyano de Madrid, sea uno de los pocos privilegiados que ha podido verlas con sus propios ojos, de su puño y letra.

—¿Cómo pudo leer estas misivas que ahora nadie sabe dónde están?

—Las vi en una librería. Fue hace unos 40 años, una cosa así. Era un conjunto de documentos galdosianos y me enseñaron dos cartas de Galdós a Pardo Bazán, que es lo que realmente sí puedo asegurar. Recuerdo que, aparte de estas cartas a Pardo Bazán, había también cartas a Teodosia Gandarias —con las que Pérez Galdós también mantuvo una relación—. De estas, había bastantes, como unas 30. Al principio, creí que eran también para Pardo Bazán, pero indagando un poco, y después de todo este movimiento que hubo con las cartas, es cuando me he dado cuenta de que de los documentos galdosianos que había en esta colección la mayoría eran a Teodosia

Gandarias. También había cartas a su hija María y estaba lo que se ha publicado ahora del diario (de viajes) de Galdós con Pardo Bazán (*Pérez Galdós-Pardo Bazán: Diario de un viaje por la Europa de 1888*, de Adelina Batlles) y alguna otra cosa más también. Pero realmente de las cartas de Galdós a Pardo Bazán yo creo que eran dos cartas, no más.

—Tenía entendido que esta colección estaba en manos de una familia...

—No, no. Esto lo tenía una librería de Madrid y creo que le llegó a través de la propia familia Galdós.

—¿Recuerda el contenido de esas dos cartas?

—Lo recuerdo vagamente, pero lo más llamativo era que le decía: «Deseo volver a verte para comerme los pechos».

—Entonces, ¿eran subidas de tono?

—Sí, sí, bastante subidas de tono para la época. Tenga en cuenta que nos estamos remontando a finales del siglo XIX, pero sí que eran libertinas, digamos.

—Las de ellas también lo eran.

—Sí, pero no tanto como las de él. Esa es la impresión que yo tengo. Ya sabe que en la memoria, con el tiempo, todo se engrandece, pero la verdad es que sí que eran subidas de tono. Recuerdo esto de comerle los pechos.

—Pardo Bazán lo llamaba «miquiño mío», ¿y él a ella?

—No lo recuerdo. Yo tampoco, en ese momento, era un gran entendido ni interesado en Benito Pérez Galdós y no las

estudié detenidamente. Pero sí comenté con esta señora que me enseñó las cartas el libertinaje de estas dos misivas.

—¿Qué habrá sido de ellas?

—No sé si esta señora las vendió por otro lado, se quedó con ellas o como eran tan subidas de tono incluso se han acabado destruyendo. No lo sé. Pero el resto del conjunto sí, lo compró también otro librero de Almería y este se lo pasó a su sobrina, Adelina Batlles, que es la que ha escrito el libro sobre el diario de viaje de Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós. Parte de esa colección ha servido para ese libro, pero luego había más cosas, y parte también se vendió a la Biblioteca Nacional.

—Y esas dos cartas siguen sin aparecer por ningún lado.

—No, he intentado seguirles la pista por ver si podía comprarlas actualmente y no he podido localizarlas. Estas dos y otras más que pensaba que pudiera haber. De lo que sí me he ido enterando es de que junto con la colección de las cartas de Pardo Bazán dirigidas a Pérez Galdós,

que y que donó el académico González de Amezúa a la Real Academia Española, se depositó también un sobre que pone *correspondencia amorosa*. Es un sobre que está cerrado y lacrado y que no se puede abrir hasta el año 2025 o 2026, (cuando se cumplan 70 años de la muerte de este académico, así lo dejó en el testamento). Y es posible que parte de las cartas de Galdós a Pardo Bazán o alguna de ellas estén ahí.

## La ciudad y los libros

Mercedes Corbillón  
Editora y librería

### LA IMPOSIBLE TRANQUILIDAD DE LAS MADRES

Tormentito y yo hemos vuelto juntas a C. Ella se ha traído a Aroa y yo un libro de Maggie O'Farrell. También hemos traído Internet metido en una bolsa de plástico de la frutería junto a un puñado de mandarinas y una tijera. La última vez que me fui de aquí me la llevé pensando en encontrar alguna flor silvestre que cortar con ella. Pararme en el arcén y hacerme un ramo de «sabagueiro», o de «xestas» o de flor de «toxox». Esa era la idea. No lo hice, vi las formas y los colores y los dejé pasar al otro lado de la ventana del coche sin detenerme a tocarlos. A veces es mejor contemplar las cosas sin intervenir en ellas.

También dejo pasar los nombres en castellano, *saíco*, *retama*, *tojo*. Algunas palabras se me atragantan en la garganta. Mis dos lenguas enredadas como las ramas de una «silveira». Una empobrecida, la otra no tanto.

Al llegar buscamos el faro. Ya no tiene la luz rosa, ni los naufragios, pero tiene a su alrededor toda la belleza, esa que nos hace emudecer un poco. La rompe el silencio para decirme que cuando se muera quiere que la entierren en ese cementerio de pueblo o en ese mar lleno de barcos hundidos.

Qué fuerza ha de tener un lugar para que una niña piense en la muerte.

Tendrás que hacerlo tú primero conmigo, le sonrío. Ella asiente y se va corriendo con su amiga, llena de vida.

Me angustio un poco, por sus pasos y por los de tesorito, que ya está en la extraña vida universitaria, lejos de mí. Pienso en la distancia de rescate de la que hablaba Samanta Schweblin, la de la imposible tranquilidad de las madres.

En la novela que leo un niño muere. Se llama Hamnet y ha vivido todos los años de su pequeña vida en Stratford upon Avon. Su madre se llama Agnes y conoce todas las hierbas, advina los secretos. Su padre se llama William y escribe comedias, a partir de entonces, quién sabe, quizás escriba más dramas. La autora lo hace tan bien que casi puedo oler el cuero de los guantes que fabrica el abuelo. Es una escritora brillante.

El dolor, sin embargo, no tiene color.